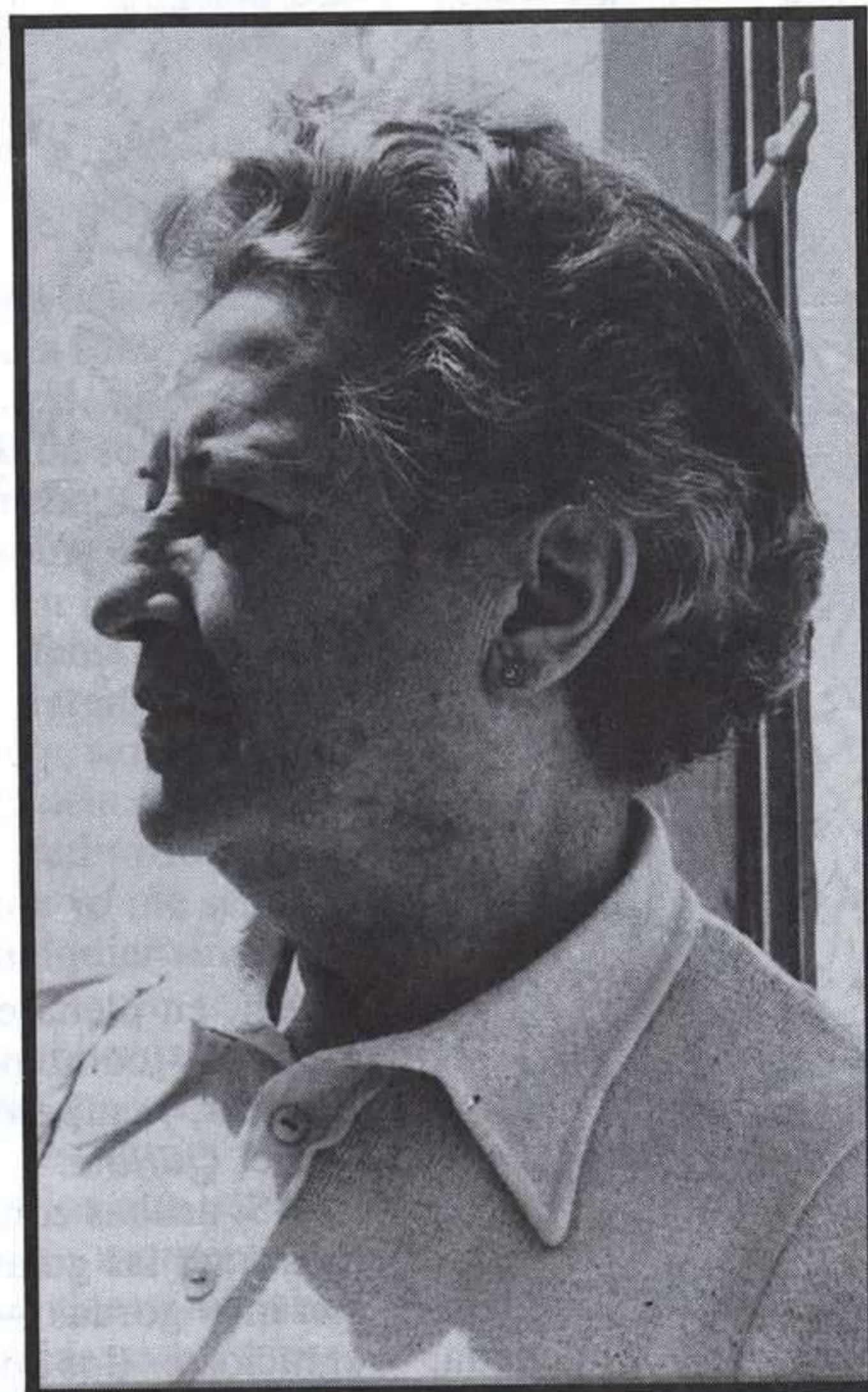


CONSUELO ARMUO

CARMEN CONDE

Cuándo empecé a leer

por Carmen Conde



Siempre que entro en mi infancia doy comienzo a un largo viaje extraordinariamente poblado de provincias que recorrer. Debo forzarme a quietud para poder mirar despacio, largamente, y alcanzar a ver una de entre tantas cosas. Solamente así me es posible ais-

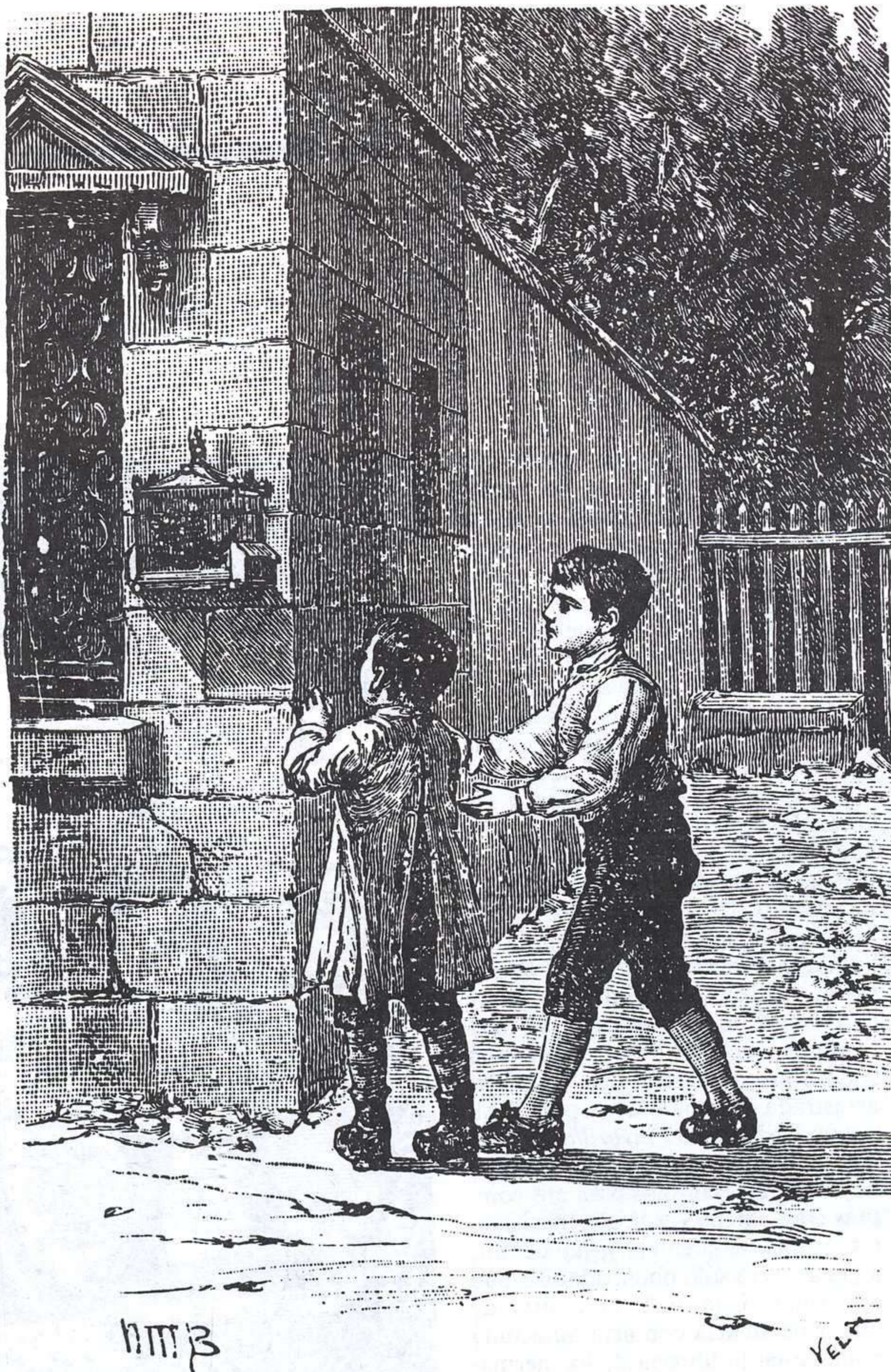
lar algunas, remirlas y, súbito, el paso seguro que salta el umbral. Ya estoy en mi país mejor, en el cual cupo el universo total. Mi imaginación fue la única riqueza que tuve, y ella me condujo por la tierra con ligereza suma. Esta tarde, encerrada en la que fui voy a irle sacando del alma de la

memoria parte de su tesoro..., pero, ¿sabemos ella y yo cuándo aprendimos a leer...? Aquí se levanta el primer escollo. No lo sabemos. Estamos leyendo desde siempre, y el día en que fue posible el milagro no podemos hallarlo, localizarlo... ¿Me enseñó mi madre, aquella monjita llamada sor

Matilde del colegio de San Miguel de mi ciudad natal...? Imposible recordarlo exactamente. Antes de que en mis manos se amontonaran los cuentos de Calleja, hubo en mí profunda preocupación por *los nombres*, me asombraba oír nombrar a las cosas por *su nombre*... ¿Quién se lo había puesto, de dónde eran *eso* y no otra manera de llamarlas? Me veo, y creo que es la primera imagen mía «vista» por mí desde dentro, en una tiendecita de ultramarinos (que así se llamaban las tiendas de comestibles entonces), junto a mi madre que pedía cosas, cosas..., que se llamaban..., ¿por qué así y no de otro modo? A la inmensa distancia en que me contemplo deduzco que allí, en aquel instante al parecer tan insignificante, yo sentí el enorme peso, la gravedad de la Palabra.

Ahora, vamos a retroceder nuevamente: empiezan a llegar a mis manos (y no tenía ni siquiera cinco años), cuentos y más cuentos que aumentaban mi caudal ya valioso de libros del colegio. Eran los minúsculos cuentecitos de Calleja que al final llevaban también un chistecillo inocente y gracioso. Yo tenía un primo hermano, Eduardo Conde, algo mayor que yo, que me enseñó los puntos cardinales solemnemente. Eso ocurría en una pared de la escalera, y me veo preguntarle ansiosamente, al saber que la tierra daba vueltas alrededor del sol y sin comprender bien su porqué: «Primo, ¿por dónde vamos ahora?». Y él, muy serio, muy bien enterado, me decía con toda seguridad: «Ahora estamos en el Polo Sur».

Se van a ir sucediendo los acontecimientos de mi primera infancia. Hasta los seis años y medio yo viví en Cartagena, y en febrero del año en que cumpliría los siete años me llevaron a Marruecos. Desembarqué del «J. S. Sister» de entonces con un hermoso muñeco en la mano izquierda mientras con la otra me aferraba al brazo de mi padre al cual hacía meses que no veía (eso me mantuvo en-



N. MÉNDEZ BRINGAS, EL ENCANTO DEL REY BEDER Y OTROS CUENTOS DE CALLEJA, PALMA DE MALLORCA: J.J. OLANETA, 1991

ferma todo ese tiempo). No veo libros todavía en mis manos, salvo los del colegio de doña Vicenta Garcés, mi primera maestra en Melilla. Estudiar, estudiar sin descanso. Meses malos para la familia, pero libros del colegio y cuentos de Calleja a todo pasto. Ya tenía, además, otra enorme distracción: soñar. Deseaba con impaciencia que me acostaran para soñar. Esto de soñar dormida y despierta no se me ha acabado todavía.

Nuevos colegios: ahora el de doña Ana Pedrosa Carretero que nunca olvidé como tampoco a doña Vicenta. Un cambio en nuestra vida y diversos acomodos en la ciudad. En este momento ya empiezo a caminar con ma-

yor seguridad en mi memoria. En la entonces titulada calle Chacel, había, y hay, una librería, la de los hermanos Boix. Su descubrimiento ha colmado de felicidad mi ánimo. Voy a esa librería a diario, a comprar con los pocos céntimos de que dispongo libros y más libros. Son mayores que los otros, van empastados y con estampas en la cubierta y dentro. Para ellos mi consideración extrema, porque tengo otras lecturas digamos menos costosas y menos importantes: son el *TBO*, que acaba, creo, de aparecer en España, y las maravillosas aventuras de Raffles, de Nick Carter, de Sherlock Holmes... Aventureros y delincuentes luchan y se empeñan en

perturbar a la sociedad. Menos mal que también hay héroes de mansa condición que se alternan en mi mente avidísima. Por ese tiempo ya vive entre nosotros un ser inolvidable: mi perra *Sultana*, Con ella comparto lecturas y comentarios, ya que soy hija única y salvo las horas del juego al aire libre con las amigas y condiscípulas, no tengo niños en mi casa y con alguien pequeño como yo tengo que comunicarme. Estoy segura, absolutamente segura, de que *Sultana* me entiende. Hay una mancha negra en aquellos días, debo confesarla aunque me fue perdonada y la penitencia se lo mereció. Digámoslo todo.

No puedo presumir en esta mi segunda infancia, aunque sí de la primera, de bienes materiales. Mi padre se arruinó en Cartagena y se interrumpió aquello de tener coches y uno solamente para mí, una *charrette* arrastrada por una burrita preciosísima que se llamaba *Polvorilla*. En Melilla las cuestiones económicas no eran boyantes, los céntimos para mis compras eran parcos y, a veces, inexistentes. Yo quería cuentos, y, ¡ay de mí!, algunas veces sólo podía adquirir uno a lo sumo. Una mañana..., sirva de nueva penitencia contarlo aquí, una mañana en la librería de los hermanos Boix (unos señores catalanes, serios y secos pero amables conmigo), cuando pusieron a mi disposición el cajón repleto de cuentos..., cogí un puñado y me lo guardé; luego pagué uno y me fui a mi casa. Mi madre, que vivía pendiente de mí y hasta de mis pensamientos, vio que yo llevaba más de lo que correspondía a mis posibilidades. Tuve que confesarle mi delito. «Vamos a arreglarlo —dijo—. Voy contigo a la librería, te espero en la puerta, entras y cuentas lo que has hecho, y en paz.»

En paz, ¿quién? Yo, no. Yo hubiera preferido desaparecer del mundo. Pero, fuimos. Se quedó en la puerta. Entré y el bueno de uno de los hermanos Boix creyó que volvía a comprarme otro cuento y me sacó otra vez



EL ENCANTO DEL REY BEDER Y OTROS CUENTOS DE CALLEJA, PALMA DE MALLORCA: J.J. DE OLAÑETA, 1991.

el dichoso cajoncito repleto para que escogiera... Pensé dejar los que me había apropiado y salir como si tal cosa, pero al mirar a la puerta vi a mi madre con sus ojos clavados en mis manos. Imposible. Llamé al librero y él, sonriente, se inclinó sobre mi desventurada boca: «Eh, ¿qué quieres?». «Verá usted..., antes me llevé más de un cuento, me llevé también éstos... —Y se los alargué desesperada.— Vengo a devolverlos.»

El momento aquel era de lo más dramático de mi existencia, incluso ahora. El señor Boix me contempló pensativo, miró a la calle y vio a mi

madre erguida como el arcángel que nos echó del Paraíso y aunque sin espada amenazadora como aquél. «Bueno, bueno... —dijo el caballero—. Ya está. ¿Dices que te los llevaste? Pues yo te los regalo ahora.» «No, no puedo, mi madre está ahí.» «Sí, la estoy viendo.» Y pensándolo mejor, me dio un cachetito en la pálida mejilla y me sonrió dulcemente. «Otro día, ¿eh?, otro día que vengas te regalaré otros.»

Dispensó contar lo que ocurrió cuando nos reintegramos a mi casa mi madre y yo. Hasta *Sultana* padeció las consecuencias de mi delito.

Nuevos cambios de domicilio y de colegio. Ya estoy en el «Colegio Inglés», el mejor, con el de Jesús Manuel, de Melilla. Miss Minnie, mi profesora más querida y más bondadosa del mundo, un día me pide que lea el *Quijote* en edición escolar, otro día me entrega nada menos que *Rafel* de Lamartine. Voy del uno al otro alojada, siempre veo junto a su ventana a un joven muy delgado que dicen está *enfermo* (como se llamaba el tísico entonces); un día me paro ante aquella ventana y él me brinda un libro. «Te lo vendo por sesenta y cinco céntimos», me dice con apuro. Es la Biblia. Corro a mi casa y obtengo los sesenta y cinco céntimos para comprarla. Ya es mía. Y tranquilamente me voy con ella al cementerio, que está al lado casi. Éste va a ser mi lugar de retiro para leer en paz, ya que mi madre no aprueba mis lecturas apasionadas. El cementerio da al mar, y yo me instalo junto a las barandas y veo el mar y leo la Biblia. Me impresiona mucho leer en una columna que «una lágrima se marchita, una oración la recoge Dios». Rezo y evito llorar aunque me den ganas cuando veo algún entierro por allí cerca. Naturalmente que nadie sabe, cuando digo que me voy a jugar, que es al cementerio adonde me voy con mi Biblia.

En la casa hay un vecino militar que se pasa la vida en lo que allí se llamaba «el campo» (las posiciones militares ante el enemigo), y cuando viene su novia, Encarnita, la hija del sastre de al lado, a quitar el polvo a la vivienda de su novio yo entro tras ella para ver sus estanterías de libros. Hay muchos. Pido que me deje Encarnita alguno y, ¿cuál me deja?, pues *Las mil y una noches* nada menos. Las comparto con la Biblia en el mayor de los secretos.

Al lado de la casa de Encarnita hay otra que habita gente muy interesante: un matrimonio con dos hijos y una hermana, ciega, de la esposa. Ésta es de Correos o de Telégrafos, no puedo asegurarlo ya; su marido es ebanista.

Y este ebanista, muy bueno por cierto, se dedica a hacer calaveras de maderas preciosas. Es un momento de la historia francamente tenebroso: hay sortijas de calaveras de plata y de oro, hay calaveras de madera, se canta a toda voz un himno militar con calaveras también. Y yo me paso las horas leyendo en el cementerio.

Jamás estuve triste por muchas calaveras que viera y entierros que presenciara. «La muerte era para los vecinos», como escribió Juan Ramón Jiménez. Ya vendría el tiempo, ya, de que nos visitara con insistencia.

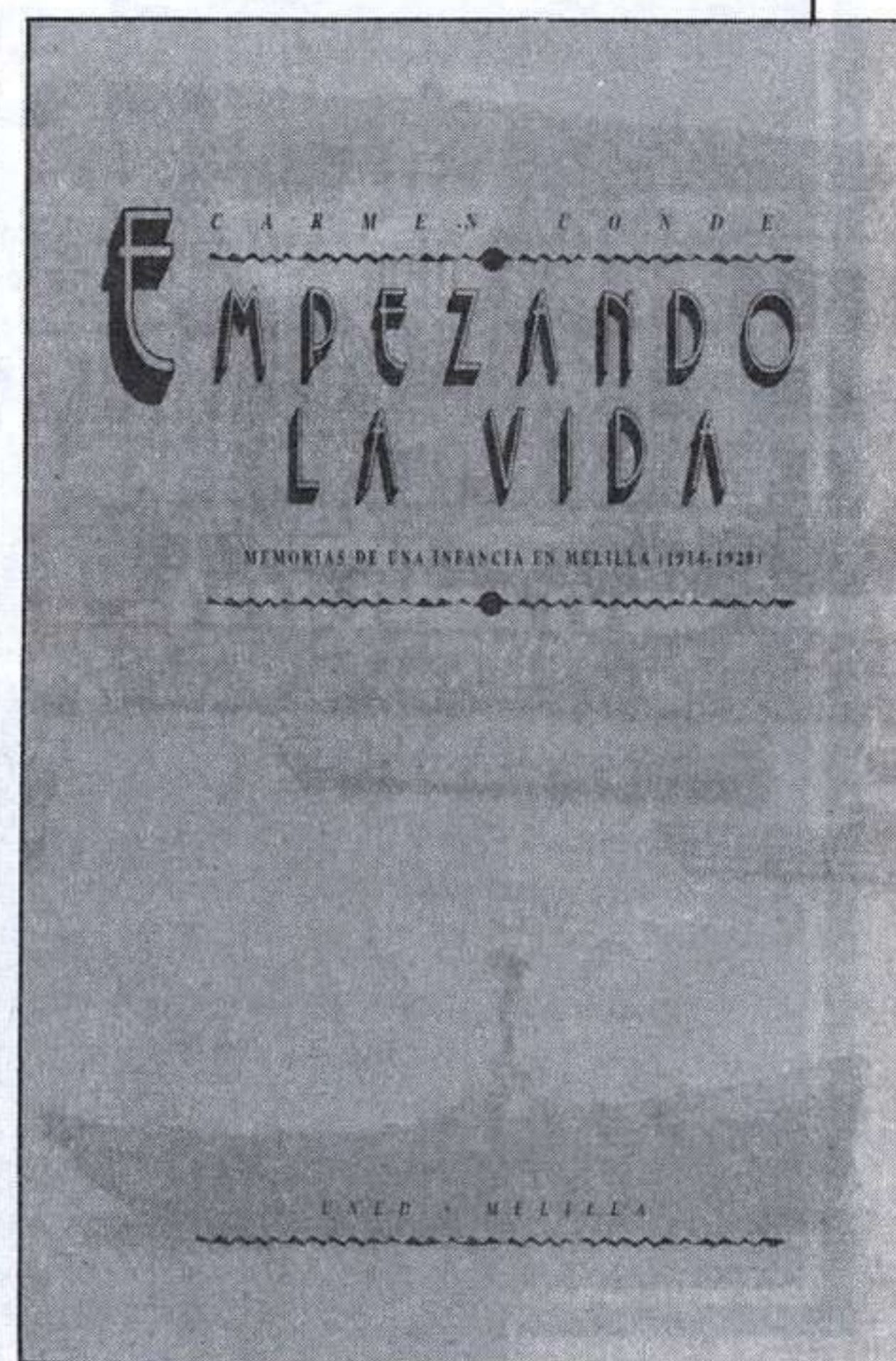
A *Sultana* tampoco le importaba lo que veíamos juntas. Me seguía a todas partes y, por fin, ¿a que no sabéis en dónde acabamos encontrándonos mejor para leer? Pues debajo de mi cama. Se estaba fresquita, nadie se figuraba en dónde nos metíamos, y a leer cuanto caía en mis manos. Confieso, y no es exageración, que leyendo uno de los capítulos de *Las mil y una noches* en que se trata de unas princesas que fueron transformadas en esbeltas perras, consideré muy en serio que mi perra podía ser también una princesa moruna convertida en perra. A ella debía de parecerle lo mismo a juzgar por el tono que se daba a mi lado.

Lecturas, lecturas... De todas clases ya. Novelas, teatro, cuentos, revistas. Cuando regresamos a Cartagena en 1920, ya no era una niña. Pero mi primo hermano, más hermano que primo mío, Antonio Abellán, me dijo señalándome su biblioteca: «Nena, a ti que te gusta tanto leer, lee todo lo que hay en este y en este y en aquel estante. Pero en aquellos, no. De esos libros no debes leer ni uno solo.»

Respeté la prohibición porque le quería mucho. Y fuera de *aquel estante* leí cuanto cayó en mis manos. Leí, leo, leeré hasta que Dios me cierre los ojos que para leer y escribir me han servido tanto. ■

(Fragmento de *Por el camino, viendo sus orillas*, capítulo primero, tomo I. Barcelona: Plaza & Janés, 1986.)

Bibliografía (selección)



Obra poética (1929-1966), Madrid: Biblioteca Nueva, 1966.

Por el camino, viendo sus orillas, Madrid: Plaza & Janés, 1986.

Infantil-juvenil

A la estrella por la cometa, Madrid: Doncel, 1971.

El conde sol, Madrid: Escuela Española, 1979.

Canciones de nana y desvelo, Valladolid: Miñón, 1985.

Centenito, Madrid: Escuela Española, 1987.

Cantando al amanecer, Madrid: Escuela Española, 1988.

Despertar, Madrid: Bruño, 1988.

Madre ballena y otros cuentos, León: Everest, 1989.

Júbilos, León: Everest, 1990.